

Reseña Bibliográfica

Rodrigo López

Anuario N° 29/ ISSN 1853-8835 / pp. 194-198 /2017

<http://anuariodehistoria.unr.edu.ar/ojs/index.php/Anuario/index>



escuela
de historia

MERRIDALE, Catherine. **El tren de Lenin. Los orígenes de la Revolución Rusa.**; Editorial Crítica; Barcelona; 2017; [349 páginas].

Por Rodrigo López
(Universidad Nacional de Rosario); Argentina
Rodrigolopez61@yahoo.com

*P*ocos viajes despertaron tantas pasiones como aquel vagón blindado que partió de Zurich, atravesó Alemania, Suecia y Finlandia, para llegar a Petrogrado en los primeros minutos del 17 de abril. El hermetismo de aquel vagón seguramente haya contribuido a rodear de misterio esos nueve días en donde un grupo de bolcheviques, exiliados en la neutral Suiza, atravesaron al país enemigo de la alianza en donde Rusia se encontraba jugando aquella Primer Guerra Mundial. Defenestrados por la mayoría, Churchill diría que ese tren enviado por los alemanes transportaba al “bacilo de la peste”, mitificados por otros (el libro contiene una sugerente pintura, que haciendo caso omiso de la historia, agrega en la escena a un Stalin bajando del vagón junto a Lenin), el libro de la historia británica recoge aquella travesía en el marco de una serie de procesos políticos y diplomáticos que orbitaron en torno a aquel viaje que permitió el regreso del principal dirigente de la izquierda rusa a su tierra natal.

Esta obra está sujeta a la Licencia Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons.
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>



La autora, Catherine Merridale, es especialista en historia rusa y centra sus preocupaciones en la experiencia bélica y en los procesos y los actores que ella involucró. “El tren de Lenin” se trata de un estudio de divulgación, cuyo núcleo argumentativo avanza cronológicamente desde el momento en que el dirigente bolchevique, desde el exilio, recibe la noticia del derrocamiento de la dinastía Romanov hasta la toma del poder por parte de los soviets. Recorre los 3.200 kilómetros aquel tren blindado recorrió, combinando el retorno de Lenin con la evolución de la revolución en suelo ruso.

El relato es de fácil lectura, de a momentos casi novelesco. Podrían destacar dos elementos del trabajo, investigados también por un extenso conjunto de historiadores e historiadoras. El primero es el vinculado a la manera en cómo la guerra atravesó al conjunto de decisiones de la época y la manera en que la misma condicionó las opciones políticas del momento. Este punto incluye diversos elementos, desde la organización del retorno a Rusia hasta los avatares del Gobierno Provisional que prometió una paz que nunca llegó, situación de la que los bolcheviques se vieron como el grupo opositor más favorecido y más consecuente con la consigna levantada por la revolución de febrero. El ritmo que la guerra marcó sobre los acontecimientos políticos, la relación entre los Soviets y el poder de veto del mismo sobre los planes expansivos y guerreristas del Gobierno Provisional, los cálculos de los opositores bolcheviques (y el pavor sobre todo) para hacer pagar los costos a Lenin por atravesar la archienemiga Alemania, todos ellos constituyen un conjunto de coyunturas políticas que forman parte de ese cuadro tan inestable de la Rusia en guerra y que el trabajo de la autora se encarga de enumerar en bastante detalle (aunque con una estructura expositiva a veces un tanto reiterativa).

Vinculado con el punto anterior aparece como una preocupación central la visión que embajadores y funcionarios diplomáticos se formaban en aquellos días turbulentos. Buena parte del análisis de la Revolución Rusa y de la centralidad de la figura de Lenin aparece tras el prisma de los relatos y las memorias de estos personajes, como también de los servicios de información, los espías y los oficiales del alto mando militar. Ello es patente al momento de recorrer las fuentes de las que la autora se vale, donde hay un predominio central de los archivos de las embajadas francesas y británicas.

Este es uno de los puntos más fuertes e interesantes del trabajo. Como lo demuestra la autora lejos de las trincheras existía otra guerra que se peleaba en el plano de la diplomacia y también de la conspiración. El trabajo reconstruye de una manera muy lograda aquel mundo que se desarrollaba en las



sombras habitado por personajes de toda calaña. Repasa las pequeñas y grandes conspiraciones de las cancillerías europeas, aparecen los planes alemanes, que ideados desde los ministerios y desde el alto mando militar, y que a través de un esfuerzo enorme (y millonario) volcaron un esfuerzo inmenso en planes de propaganda para profundizar en la crisis política y social de Rusia, el eslabón más débil de la alianza dirigida por británicos y franceses. Aparecen personajes como el de Parvus, contratado por los alemanes para terciar al interior del movimiento socialista ruso, sin demasiado éxito pero con un increíble rédito económico.

La autora recorre de esta manera una serie de prácticas desplegadas por los gobiernos y por un conjunto de instituciones estatales, y describe las idas y venidas de aquellas otras formas de pelear o hacer la guerra que permite reubicar las revoluciones rusas en el plano más vasto y general de aquella Europa en guerra. Los informes de los diplomáticos y de la inteligencia sobre cómo operaron todas las potencias no dejan de causar perplejidad, sobre todo si se tiene en cuenta lo infructuoso de las acciones que no pudieron evitar el ascenso y el triunfo de los soviets dirigidos por los bolcheviques.

No obstante este punto, que es el más interesante del libro, también se convierte en su principal debilidad. Hay una escasa atención o un escaso peso en la argumentación a otras variables de análisis y también a otras fuentes, que fuertemente vinculadas a la guerra o agravadas por esta, poseen su propia dinámica y su propia naturaleza, pero que aparecen de una forma demasiado colateral en la explicación histórica. Además el peso central asignado a los documentos escritos emanados de embajadas, funcionarios políticos y diplomáticos no viene conectado al análisis de fuentes que den cuenta de la dinámica social más general de la sociedad rusa, de las afiliaciones políticas de las clases, de las nacionalidades, etcetera. Esta opción metodológica por la que se inclina Merridale y esta mirada tan exclusivamente enfocada desde “arriba” (que no deja de ser fundamental en el análisis de cualquier proceso histórico), es tan válida como cualquier otra. No obstante, por momentos pareciera que va en detrimento del análisis de las fuerzas sociales más profundas y de la manera en que estas operaron en los hechos.

Por supuesto que el otro gran eje que vertebra al conjunto del trabajo es Lenin. En este punto hay que señalar que el relato sobre la figura del dirigente bolchevique es, por momentos, demasiado maniquea. Al igual que en el conjunto del libro la acumulación de acontecimientos o episodios de índole personal eclipsa por momento el contexto, que ayudaría a entender mejor las opciones políticas del momento.



Donde más se expresa este problema es en el tratamiento de la figura de Lenin. Hay una explicación demasiado centrada en una lectura que podría decirse que es psicológica, que trae consigo una abultada adjetivación a lo largo de las más de las 300 páginas del libro. Cada momento de referencia a Lenin viene acompañado con un destacado que hace hincapié en el encono, en el enojo, en la fuerza, en la intransigencia del dirigente. Por momentos tanta adjetivación y tanto detenimiento en anécdotas personales desvía el eje de las discusiones y del contenido de estas, discusiones que excedían los individuos e involucraban a amplios sectores de la clase trabajadora y de la intelectualidad. Incluso hay tramos del trabajo donde pareciera que la autora aplicase una valoración muchísimo más severa con actos del dirigente bolchevique, que puestos en contexto son secundarios, y aplica una visión mucho más condescendiente con conspiradores, oficiales y diplomáticos que operaban, sin demasiado éxito, para preservar sus intereses sobre Rusia.

La autora revisita debates, como por ejemplo la del famoso “oro alemán” o la discusión sobre si Lenin era o no un agente alemán, que podría haber tenido importancia como arma política en aquellos meses para la prensa, pero que vistas a la distancia y a la luz de la enorme acumulación de estudios históricos sobre Rusia y los bolcheviques hoy carecen de alguna importancia. Incluso una vez abierta esta ventana, la de si Lenin era o no un espía alemán, la autora no llega a ninguna posición concluyente.

La centralidad que adquiere la figura de Lenin en el enfoque de Merridale provoca que muchas de sus explicaciones caigan en simplificaciones históricas. No porque las grandes personalidades no hayan tenido su peso en el curso de los acontecimientos, pero de ninguna manera son un factor único. Sería infructuoso entender el papel de Lenin por fuera de las fuerzas externas que lo impulsan, como sería infructuoso diluir la acción de los individuos en la acción general de las fuerzas sociales. Entre esas dos opciones la autora se queda con la primera, donde por momentos Lenin es la única explicación de lo sucedido en Rusia y es aquí donde aparecen nuevamente esas características negativas sobre las que Merridale insiste y que sin ser puesta en relación con otros devenires históricos, hacen de Lenin el único responsable del desarrollo del proceso revolucionario.

Hacia el capítulo final donde Merridale abre una valoración sobre lo que dejó la revolución rusa de octubre de 1917. No dejan de llamar la atención algunas apreciaciones que allí se vuelva, que por otra parte ya tienen un largo recorrido saldado en la discusión historiográfica y política. En primer lugar la lectura de la



Revolución de Octubre como un “golpe de estado de Lenin”, interpretación por demás de repetida y también por demás de refutada. Por otro lado, y desprendiéndose de esta última, una interpretación histórica que dibuja una línea recta entre la Revolución de Octubre y la década del 30 stalinista. El conjunto de la década del 20, años claves para entender el proceso de burocratización de la Revolución, como las dificultades y las limitaciones de la construcción del socialismo en un país sumido en casi una década de guerras mundiales y civiles, atrasado en su estructura económica y social, ni siquiera son puestas en consideración. “No había refugio para la compasión ni el remordimiento. En la lucha por la supervivencia, el baño de sangre fue justificado (por todos los bandos) con eslóganes, mentiras e ideología”, sostiene Merridale.

Una última referencia interesante del libro, aunque con la ventaja del paso de los años, es aquella que sostiene Merridale de que “los verdaderos adversarios de Lenin a menudo salieron mejor parados”, que su entorno político y personal más cercano. Los miembros del Gobierno Provisional, Kerenski, Lvov, Teréschenko y Miliukov, se exiliaron con vida como así lo hicieron Tsereteli y Chjeidze del Comité Ejecutivo del Soviet de Febrero. Paradójicamente la vieja guardia bolchevique pagó con su propia vida su propio triunfo. Una contradicción que la autora no termina de desplegar en toda su complejidad, pero que seguramente puede servir para rediscutir muchos de los supuestos basados en la idea de continuidad entre leninismo y stalinismo, sobre los que Merridale construye sus argumentos.

